

Julio César Cano

# **ASESINATO**

## **EN LA PLAZA DE LA FAROLA**

**El primer caso del inspector Monfort**

**E  BOLSILLO**

*A mi hija Julia,  
con todo mi cariño, mis sueños e ilusiones*

# Escenarios de la novela



«La ciudad, su ciudad, estaba allí fuera a su disposición,  
a la espera de mostrarle su negro y consumido corazón.»

*En la oscuridad*

IAN RANKIN

Faltaban apenas un par de minutos para las ocho de la mañana. Los tres empleados de la oficina bancaria de la plaza de la Independencia, de Castellón de la Plana, habían llegado a la vez.

Uno de los dos hombres abrió con llave la puerta del cajero, el otro la aguantó galantemente para que la compañera entrara primero. Un hedor nauseabundo, mezcla de vino barato y de vómito, le golpeó violentamente en la cara; le entraron arcadas y tuvo que salir a la calle a toda prisa.

El viejo vagabundo llevaba ya algunos días durmiendo dentro del cajero. Los empleados de la oficina lo sabían, pero justo por entonces una ola de frío intenso azotaba las noches de la ciudad y les dio lástima llamar a la Policía Municipal. Además, el viejo no molestaba en absoluto, ni siquiera cruzaba con ellos una palabra; simplemente, cuando llegaban por las mañanas, salía del cajero llevándose con él sus cartones gastados, que le hacían las veces de cama. Iba muy sucio; vestía unos pantalones de lana gruesa de color oscuro, anudados a la cintura con un trozo de cuerda, un jersey de cuello de pico lleno de mugre, un abrigo raído de color marrón, un roñoso gorro de lana azul marino y unos guantes con los dedos cortados. «Me da mucha pena», había dicho el día anterior la joven empleada del banco.

Uno de los oficinistas trató de despertar al viejo, que estaba situado delante mismo de la puerta de la oficina. Lo tocó, le susurró algunas palabras con afán de despertarlo suavemente. El hombre no se movió. El otro compañero se acercó e intentó desplazarlo para poder abrir la puerta. Fue entonces cuando un enorme reguero de sangre, de un color casi morado, afloró por detrás de la cabeza del viejo. Estaba muerto, sin duda. En la parte posterior de su cabeza se podía ver una profunda brecha de la que salía un constante flujo de sangre espesa. Tenía los ojos cerrados, parecía dormir plácidamente y en su rostro no había rastro de sufrimiento, como si descansara.

Entre los dos hombres movieron al vagabundo lo justo para entrar. La chica lloraba con las manos en la boca, conteniendo sus ganas de vomitar. Los dos empleados se percataron de que el viejo aún estaba caliente. El suceso no podía haber ocurrido muchas horas antes.

La Policía Nacional y la Guardia Civil tardaron solo unos pocos minutos en llegar al banco. Acordonaron la zona, desviaron el tráfico por la ronda de la Magdalena y espantaron a curiosos y periodistas no acreditados. Dentro de la oficina, se montó un pequeño cuartel provisional —ordenadores portátiles, una máquina de café, botellas de agua, ayuda sanitaria—, hasta un psicólogo y una enfermera acudieron enseguida para tranquilizar a los empleados que habían hallado el cadáver.

Los de la Policía Científica entraron regañando a todo el mundo por haber contaminado la escena del crimen. Un policía que parecía el jefe, al que llamaban comisario Romerales, repartió gritos y maldiciones a diestro y siniestro por haber movido el cadáver, por haber toqueteado e incluso limpiado el cubículo. Echó pestes al enterarse de que el viejo dormía allí desde hacía varias

noches, pero su enfado más profundo llegó cuando supo que la cámara de vigilancia llevaba rota más de un mes. No se había grabado nada de lo sucedido. Los de la Científica hallaron cocaína suficiente en la superficie del cajero como para un par de rayas. Tomaron muestras de huellas de las teclas del cajero, de la puerta de la calle, del pasamano..., pero los jóvenes agentes sabían que todo aquello sería poco más que inútil. En aquel cajero entraban y salían muchas personas durante todo el día... y toda la noche.

Vino una jueza y se procedió al levantamiento del cadáver. Fue trasladado hasta el Instituto de Medicina Legal de Castellón para hacerle la autopsia y ver si su cuerpo arrojaba alguna pista inicial sobre aquella extraña muerte en la plaza de la Farola.

—El problema será cómo parar a la prensa —dijo un apesadumbrado comisario Romerales mirando el furgón que se llevaba el cadáver bajo la nube de *flashes* de las cámaras de los periodistas locales.

Lo primero que tuvo que recordar el inspector Bartolomé Monfort fue que la plaza de la Farola y la plaza de la Independencia eran, en realidad, el mismo lugar.

Llegó a la comisaría de la ronda de la Magdalena pasadas ya las cuatro de la tarde. Las primeras detenciones no se habían hecho esperar. Los presuntos implicados en el crimen reposaban sus delictivos cuerpos en el cubículo para interrogatorios conocido como «la nevera», el número 6.

Nadie sabía la razón, pero en el cuarto número 6 la temperatura jamás subía de los nueve grados. Todos los agentes creían que era por un problema en los conductos del aire acondicionado y que, por mucho que se parara el aire, este salía a toda pastilla por algún lugar que nadie había descubierto aún. Bartolomé Monfort supo enseguida que era una artimaña del comisario Romerales.

Aparcó en batería, justo delante de la puerta. La larga fila de subsaharianos, rumanos, marroquíes y demás inmigrantes llegaba hasta la plaza Islas Columbretes, destrozada por las máquinas excavadoras que horadaban la tierra en pos de un aparcamiento que llenara a alguna empresa constructora sus ya de por sí repletos bolsillos.

—Buenos días, inspector Monfort—dijo un muchacho uniformado, demasiado joven quizá, que estaba tenso como sogas en el cuello de un ajusticiado.

—Relájese, joven, que le va a dar algo —le contestó mientras se despojaba de su gabardina de color papilla—. ¿Dónde habéis metido a los mangantes?

—En el número 6. Está con ellos la agente Redó —dijo el barbilampiño policía esgrimiendo una pingüe sonrisa bajo su puntiaguda nariz.

—¿En el número 6? En ese caso volveré a ponerme la gabardina. ¿Quedan aspirinas en el botiquín? Tráeme dos —dijo sin esperar la respuesta del chico.

El inspector Monfort tendió la mano a la agente vestida de paisano, seguro de que se trataba de la mujer que había nombrado el policía de la puerta.

—Ahí los tiene, inspector —dijo la agente en tono despectivo, y señaló a los detenidos—. El cajero de la plaza de la Farola estaba lleno de huellas dactilares que coinciden con las de estos tres elementos. Están fichados por la Policía de Castellón; tráfico y posesión de estupefacientes.

—Gracias —contestó cortés el inspector, y se volvió inmediatamente hacia los tres detenidos—. ¡Eh, vosotros! ¡Fuera! —gritó señalando a dos de ellos.

Un agente uniformado se llevó a dos de los esposados sin que Monfort les dirigiera palabra.

—¿Puedo fumar? —preguntó el tercero, el elegido como el primero en ser interrogado.

—¿Me ves fumar a mí?

—No —dijo en tono adusto el detenido mirando al suelo, sin levantar la vista en ningún momento.

—Pues entonces cállate y saldrás ganando.

El inspector pidió a la agente de policía que pulsara el botón REC de la grabadora. Empezó a hablar.

—¿Cómo te llamas?

—Vladimir Enescu.

—¿País de nacimiento?

—Rumanía.

—¿Has matado tú solo al mendigo, o te han ayudado esos de ahí fuera?

El detenido tragó saliva y Monfort se percató de ello al instante. El inspector sacó el paquete de tabaco y un encendedor y lo dejó encima de la mesa, cerca del hombre, que lo miró deseoso de nicotina.

—Ni se te ocurra —le advirtió.

La agente explicó en voz alta las palabras del inspector para que quedaran registradas en la grabación:

—El inspector Monfort se refiere a que no se le ocurra fumar al detenido, pues está prohibido en estas instalaciones.

—Gracias y... lo siento —dijo Monfort a modo de excusa mirando a la agente y guiñándole un ojo.

Ella correspondió con media sonrisa, profesional.

—Yo no he matado a nadie —soltó el acusado de golpe.

—¿Y esos de ahí fuera? ¿Lo mataron ellos?

El inspector cogió un cigarrillo y se lo pasó por el bigote, entre el labio superior y la nariz, regodeándose con el olor dulzón del tabaco rubio. Enescu sudaba gotas que caían por su mejilla pese a la temperatura invernal del cubículo número 6.

—El rubio alto es mi primo; vinimos juntos de Rumanía hace dos años ya... Y el otro, el otro... —balbució el rumano—, el otro es de aquí, de Benicarló, se llama Andrés...

—Andrés ¿qué más? —interrumpió Monfort visiblemente aburrido.

—No sé nada de él..., nunca ha dicho su apellido.

—¿Nunca? ¿Quieres decir que os habéis visto otras veces, verdad?

La agente continuaba de pie. Tenía las piernas ligeramente abiertas y los brazos cruzados y estaba tiesa como un palo, además de muy seria, en posición intimidatoria.

Vestía pantalón vaquero negro y jersey de cuello alto también de color negro. Ponía nervioso a Vladimir y Monfort lo intuyó claramente.

—Te lo preguntaré una sola vez, Vladimir: ¿estabas comprando coca al tal Andrés de Benicarló y el mendigo os sorprendió?

—No, no, yo...

—¿Os pilló con la droga y le golpeaste tan fuerte que lo mataste? ¿O fue tu primo? ¿O tal vez Andrés?

—No vimos a ningún viejo en el cajero —contestó asustado—. Andrés, mi primo y yo estábamos allí dentro. Andrés contaba el dinero y mi primo comprobaba la mierda, no había luz, no vimos al viejo.

Bartolomé Monfort dio un golpe en la mesa que hizo que el paquete de tabaco y el mechero se alzaran un palmo de la superficie. Vladimir tenía los ojos enrojecidos como si fuera a llorar y le sudaban las manos exageradamente. Miró el tabaco con ansia. El inspector sacó un cigarrillo y lo acercó despacio hasta casi las manos del interrogado. Este las acercó nervioso y el inspector retiró el cigarrillo varios centímetros para que Enescu no consiguiera llegar hasta él.

—¡Agente! —interpeló Monfort—. Puede apagar ya la grabación.

Ella pulsó el botón STOP, extrajo la cinta del aparato y se la guardó en uno de los bolsillos traseros de su pantalón.

El inspector le acercó por fin el cigarrillo.

—Mira, por esta vez, y sin que sirva de precedente, vamos a hacer una excepción. ¿Me permite, agente? —dijo mirándola con complicidad; había vuelto a su postura marcial de brazos cruzados—. Vamos a dejar que te fumes este cigarrillo a gusto aquí, en la nevera.

Vladimir se llevó el cigarrillo a la boca y el inspector le ofreció fuego con su encendedor.

El detenido dio dos fuertes caladas de tabaco rubio. Monfort se puso de pie y, girando sobre sus talones, abrió la puerta del cuarto número 6. Antes de salir, se giró lentamente hacia el hombre y le dijo:

—Te vas a quedar aquí el rato que haga falta hasta que te acuerdes de algo que valga la pena; mi compañera, gustosamente, tomará nota de todo cuando te llegue la inspiración. Ah, por cierto —siguió diciendo con la puerta abierta—, y ahora le voy a contar a tu primo que me has dicho que fue él quien mató al viejo.

### 3

El anciano yacía junto al cajero de la sucursal de la plaza de la Farola. Las luces de color ámbar de la plaza desprendían la luminosidad cansina de las ciudades dormidas.

En torno a las cinco de la mañana, un BMW de color azul periquito se paró en la acera; acordes graves y bajos cadenciosos salían a escupitajos por las rendijas del coche. Se abrió la puerta. La chica que iba en el asiento del copiloto bajó el volumen porque seguramente sintió vergüenza por semejante ruido a tales horas. El chico que conducía se enfadó mucho con ella. Entraron al cajero, el chico daba empujones a la chica. Esta vestía una minifalda negra brillante, tacones de aguja y una chaquetilla vaquera con la que debía de haber pasado bastante frío durante toda la noche.

El joven preparó dos rayas enormes junto al teclado del cajero, esnifó él primero, le pasó el billete enrollado a la chica, que esnifó también. Él encendió un cigarrillo y empezó a meterle bruscamente la lengua en la boca. Con la mano derecha le asió las nalgas bajo la minúscula minifalda, luego le metió las dos por dentro de sus bragas. La chica se sentía incomoda allí en el cajero, a aquellas horas y con aquel subidón de coca que no le dejaba respirar. Él la cogió fuerte por el cuello para besarla mejor. Ella quiso zafarse pero él le agarró una mano y la llevó certero hasta

su dura entrepierna; ella quiso apartarla pero el chico la retenía con fuerza. Manoseó sus pechos e intentó que bajara la cabeza hasta la cremallera del pantalón con un claro propósito. De repente, la chica sintió un mareo, un olor nauseabundo, un hedor... Dio un paso hacia atrás y pisó algo extraño, el chico prendió el encendedor y la llama proporcionó un poco de luz al oscuro cajero: le fallaban todos los fluorescentes y no ofrecía más iluminación que la que desprendía la pantalla de la máquina.

Vieron al viejo envuelto en una polvorienta manta gris, el pelo sucio, la barba rala, los labios morados. Abrió los ojos de golpe. Los jóvenes salieron corriendo como alma que lleva el diablo, entraron en el coche y desaparecieron a toda prisa en dirección al recién inaugurado El Corte Inglés.

Apenas ocho o diez minutos después, el BMW de color azul periquito se saltaba el semáforo donde confluyen las dos rondas y volvía a subirse en la acera, junto al cajero. Solo se bajó el muchacho. La chica, en el asiento del copiloto, se tapaba el rostro con ambas manos. Un tipo con el pelo muy rizado llegó en un deportivo rojo y habló un momento con ella.

El hombre que lo había visto todo desde la acera que da a la entrada del parque Ribalta siguió desenrollando metros de manguera dispuesto a regar los centenarios árboles de la entrada. No supo qué pensar, así que, tal como le decía su mujer muchas veces: «Oír, ver y callar».

**B**artolomé Monfort no había hablado con el primo de Vladimir Enescu, seguramente tampoco pensaba hacerlo todavía, pero se regodeaba imaginando el miedo que tendría Vladimir allí encerrado, en la nevera, cavilando sobre qué tipo de represalias rondarían la cabeza de su compatriota, fuese realmente su primo o no.

Fumaba y miraba abstraído la punta del cigarrillo.

—¿Me da fuego, inspector? —preguntó la agente que había estado con él en el interrogatorio momentos antes.

—¿Ha cantado ya el rumano? —preguntó Monfort mirando el escaso tráfico.

—Está soltando un testamento que ni *El Quijote*. Pero asegura una y otra vez que ellos no mataron al viejo.

—Perdone, no la he visto estos días por aquí.

—Soy la agente Silvia Redó. Llegué ayer a Castellón, vengo de Valencia, me llamó el comisario Romerales.

—Igual que a mí —dijo él apagando la colilla con la punta del zapato.

—Disculpe, ¿cómo dice?

—Nada, nada, es una larga historia que debería contarse con una buena botella de vino delante... —El inspector hablaba encaminándose hacia su viejo y destartalado Volvo 740 Ranchera, de color verde oscuro.

Es demasiado guapa para ser policía, pensó mientras giraba la llave de contacto y ponía la marcha atrás.

Sonó el teléfono móvil y se accionó automáticamente el manos libres del coche:

—¿Está cómodo en el hotel, inspector?

—Como una reina, Romerales.

—Solo llevas unos días en la ciudad y ya te conocen en varios de los mejores lugares donde comer y beber...

—Es que pago muy bien y no doy jamás ningún problema.

—Bueno, Monfort, al grano, te llamo para que me digas qué leches hacemos con los dos rumanos y con el camello de Benicarló.

—Ellos no mataron al viejo.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó casi gritando el comisario Romerales.

—No lo mataron ellos, eso es todo... Pero, ya que estamos, si quieres te puedes apuntar un tanto, o dos, mejor dicho; no, tres en realidad: mandas al país de Drácula a los dos primitos y te cargas a ese camello que tenéis en la provincia y que es más importante de lo que tú te crees.

El inspector Monfort cortó la comunicación porque el Volvo estaba entrando ya en el garaje del hotel Mindoro, en pleno centro de la ciudad de Castellón, en una zona peatonal junto al remodelado y coqueto teatro Principal.

Subió a su habitación. El hotel era muy cómodo y estaba muy bien situado. Los empleados eran muy amables y los desayunos pantagruélicos; aunque, eso sí, él, el inspector Monfort, comía y cenaba en el restaurante Eleazar, a dos pasos del hotel. El camarero ya le había tomado confianza y al verlo entrar le servía casi de inmediato un vaso de cerveza de barril bien tirada, con la espuma justa y necesaria.

Se dio una ducha con el agua tan caliente como su cuerpo pudo resistir. Puso en marcha la televisión y sintonizó el Canal 9 para sentirse integrado en la ciudad, pero no oyó ni una sola palabra sobre la capital de La Plana. Bajó a recepción, saludó a la bonita recepcionista y salió de prisa hacia el Eleazar. Se bebió una cerveza y pasó al comedor. Entrecot con patatas y pimientos de Padrón, una botella pequeña de Marqués de Cáceres, un pedazo de queso manchego curado para acabarse el pan y el vino y un café solo, negro, muy negro y muy solo, como él mismo. Fumó dos cigarrillos seguidos y se evadió de allí, transportado por el humo mágico que brotaba de entre sus dedos.

## 5

**B**artolomé Monfort Tena había nacido en Barcelona, a finales de los años cincuenta, en el seno de una familia de emigrantes oriundos del pequeño pueblo de Vilafranca del Cid, en las frías montañas de Castellón. La familia Monfort Tena se había dedicado desde siempre al negocio de la lana. En la expansión textil de la Cataluña de los años cuarenta, los padres de Bartolomé emigraron a una Barcelona dispuesta a recibir a aquellos fabricantes textiles venidos de todos los rincones del país.

La fábrica de sábanas Monfort Textil se hizo rápidamente un hueco en el sector de las telas. Sita en la calle Pere IV del Poble Nou, era la envidia de cuantos castellonenses habían emigrado, igual que ellos, a Barcelona. Hasta doscientos empleados habían llegado a tener los padres de Bartolomé, dirigidos con mano firme por don Ignacio Monfort.

Bartolomé, acabados sus estudios de abogacía en la Universidad de Barcelona, prefirió trabajar a las órdenes de su padre que lidiar con juristas y acusados; optó por lo más simple: la comodidad de aquel enorme piso en el paseo de Gracia, los criados y las charlas con el chofer en el Mercedes, en los trayectos desde el corazón de la ciudad hasta la fábrica del Poble Nou.

Su vida era todo lo sencilla y todo lo monótona que un millonario puede tener: viajes, bellas pretendientas, partidas

de cartas, tenis los domingos por la mañana en el Real Club de Tenis de La Diagonal, un palco en el Liceo, tribuna en el campo del Barça junto a sus amigos, coches de alta gama, vacaciones de ensueño... Como para ponerse a defender maleantes, pensaba algunas veces en voz baja a la salida de cualquier restaurante de lujo, a los que era asiduo y más que conocido.

Uno de esos días, comiendo langosta y percebes en el restaurante Botafumeiro de la calle Gran de Gràcia, conoció a Violeta Fortuny. Era la mujer más hermosa que había visto jamás. Ella almorzaba con sus padres y una tía que había venido a visitarlos desde Argentina. Los Monfort y los Fortuny se conocían, pues ambos se dedicaban al negocio de las telas, si bien los Fortuny tenían en su empresa de Sabadell hasta cuatrocientos sesenta empleados; dos veces más que los de la familia Monfort.

Al margen de sábanas y otros enseres textiles, Bartolomé y Violeta se enamoraron enseguida hasta lo más profundo de sus almas. Una tarde, subiendo en el funicular del Tibidabo, Bartolomé abrió una caja que contenía una sortija con una piedra majestuosa. El hijo de los Monfort realizó la pregunta y la hija de los Fortuny dio el sí antes de que el funicular se detuviera en la pequeña plaza del Tibidabo, con la ciudad de Barcelona a sus pies.

La boda tuvo lugar en la catedral de Barcelona. Cientos de ramos de lirios y de violetas acompañaron a los novios por la escalera, desde la plaza hasta la entrada del templo. Los invitados lucían como joyas prohibidas. Los gritos de «guapa» y «guapo» a los novios se oían, seguramente, desde el puerto de la ciudad. Industriales, políticos, escritores... La alta sociedad de Cataluña caía embelesada ante la belleza de aquella pareja perfecta. Ella dejaba ver su melena rubia a lo largo del bellísimo traje de cola que

portaban doce rubitos niños, y su sonrisa iluminaba el Barrio Gótico con una luz deslumbrante. Él, de impecable chaqué, alto como un poste, tieso, orgulloso, tomó del brazo a su frágil y delicada mujer en aquel paseo de vítores, una vez hubieron abandonado la iglesia, como matrimonio, bajo la bendición del obispo de la ciudad.

Dos años más tarde, en los que la felicidad y el amor llenaron el hogar de Violeta y Bartolomé, dos desalmados acabaron con la vida de la joven esposa, en lo mejor de su juventud, en la plenitud total de su amor, a la espera de engendrar el primer hijo... a la pronta edad de veintiséis años.

Fue en la autopista, antes de llegar a la salida de Sabadell. Violeta conducía tranquila su pequeño utilitario, escuchando música, canciones de amor en castellano que cantaba con su delicada voz. Había salido del piso que los padres de ambos les habían regalado al casarse, un bello y enorme inmueble de principios de siglo en la rambla de Catalunya, muy cerca de la Diputación de Barcelona. Iba a visitar a su madre. De pronto, sin entender absolutamente nada, vio cómo dos automóviles se dirigían hacia ella a gran velocidad. Eran apenas las siete de la tarde, pero era invierno y estaba muy oscuro. Una ligera neblina lo perturbó todo un poco más. Los dos conductores no aflojaron la marcha, cada vez se acercaban más deprisa al coche de Violeta, que no pudo hacer nada por esquivarlos. «Murió en el acto», reflejó el acta después. La Policía informó de que se trataba de una carrera suicida entre dos conductores, según se comprobó, bajo los efectos del alcohol y las drogas.

«Eran dos hijos de puta hasta el culo de coca», le dijo un inspector de policía, indignado, con la voz temblorosa y los ojos hinchados, a un desecho Bartolomé Monfort que ya pensaba, seriamente, en desaparecer del mapa.